



# El muerto

*Camilo Cárdenas Castro\**

## **El vigilante:**

Llegué temprano, justo a la hora acordada, instantáneamente abrí la sala de velación, no sin antes fijarme en toda la soledad exterior, sin un familiar, ni un amigo, luego vinieron con el gran ataúd negro, y rápido, sin palabras, lo pusieron minuciosamente en el centro. El rito era tan antiguo y persistente que ahora estábamos listos ante cualquier extravagancia, y por eso, cualquier extrañeza era imposible, sin embargo, esta mañana hizo un frío inusual, se sentía una soledad imponente, fogosa, entonces fui hasta la caseta a fumarme un cigarrillo y a decirle a la muchacha, qué linda, mientras me deleitaba con los ojitos verdes sorbiéndome el aroma a café.

Las botas estaban sucias, ¿por qué Elena no las lavó ni las embetunó? Y ahora pensé, si era que no me quería o mi hermana le llegó con cuentos

---

\* Estudiante de los pregrados Licenciatura en Filosofía y Letras y de Estudios Literarios por la Universidad Pontificia Bolivariana.  
Correo electrónico: camilo\_9402@hotmail.com

Artículo recibido el 14 de septiembre de 2012 y aprobado para su publicación el 2 de noviembre 2012.

raros de Patricia. La *voyeur* de mi hermana me vio y todo fue muy rápido, Patricia llegó y lo que son las copas... ¿si me entendés? Pero eso son otras cosas; lo que pasa es que me emputan las botas sucias, y darme cuenta aquí en pleno trabajo, además, para acabar de ajustar con el uniforme arrugado, no es cosa para menos con Elena. ¿Cuál era la pregunta?

### **Inspector:**

Puede seguir contando. Coja ahí la cabeza de la narración, empiece por la naricita, mírele los ojitos al día. ¿Quiénes empezaron a llegar?

### **El vigilante:**

Habrían pasado más de dos horas y yo no entendí para qué reservaron la sala; nadie venía, eso hacía que nos tomara un matiz nostálgico y umbrío, ahí si mire el ataúd y alcancé a ver el viejo tan abatido como si hubiese vivido ocho siglos y ya estuviera tan cansado que se echó a dormir, pero ¿quién pudo pagar el entierro al viejo?, daba la impresión de que existía desde el comienzo de todo; parecía un animal muerto o un hombre primitivo que se deshizo del alma.

Me fijé en el féretro, negro y con los bordes resplandecientes por los ecos luminosos que recibía de afuera, era curioso que aunque los bordes resplandecieran, el ataúd era de un negro pálido en vez del brillante que suele acompañar los velorios. Hizo falta una mujer llorando y dos o tres niños que no entendieran nada, faltó aunque sea una plañidera de las que contrataban antaño, pues un muerto sin quién lo llore, es más triste que el mismo cementerio un día de agosto.

### **El oso:**

Llegamos por el vencimiento al pavor, estábamos la Inca y yo, ella no podía dejar de mover las manos en un gesto de caricia. Yo abría las piernas y la dejaba contonearse melosa bordando los surcos entre las caderas, se metió en el hueco que formaban las piernas, ya a bordo, se frotaba hacia adelante, hasta casi meterme la lengua en toda la boca y se iba desparramando por mi ombligo, entrecerrando los ojos y salpicando saliva. Aprovechábamos la oscuridad sepulcral, la soledad, la violencia del aire, que voraz, jadeaba, como si al acariciarnos sintiéramos bostezos de ultratumba, pero no teníamos miedo, era nuestra manera de hacernos el amor, con el miedo y el aliento pálido de los cuerpos quizá tibios que exhalaban suspiros bajo el suelo.

Toda la idea había sido mía y no era la primera vez que lo hacíamos, se podría decir que era nuestro vicio secreto, aunque creo que un día se lo

sugerí a Carlos, pero no creo que venciera el pavor; “meterse a un cementerio y hacer el amor no es una buena idea, cuando se tiene este tipo de mujer”, creo que me dijo o lo imagine... el caso es que yo sí que lo hice y la Inca no rebuznó por eso, por el contrario, le pareció atrevido y loco como delicioso y excitante. Era de esas ideas que no me faltaban por esos días y que luego sentiría evaporarse. La inca era de esas mujeres que no reparan en ideas sexuales, extrañas y perversas, hasta llegar al descontrol y al sadomasoquismo. En cambio la nena de Carlos era una piedra, ni sé cómo se llama.

Esta es la razón por la que estuvimos allí, amanecimos en el cementerio para hacer el amor toda la noche y no pagar un peso. Al otro día tranquilamente la desperté con un beso pegajoso en el cuello y deambulamos cansados entre las tumbas, con esa cara de insomnio y sexo. Nos encantaba lo más íntimo en lugares públicos, era una forma de desafiar el estatismo, y la perversión nos sabía más dulce en cuanto más causara aversión, si la repulsión nos obligaba a torturarnos, lo hacíamos para retar nuestras propias barreras y allí hallábamos el placer.

Pasamos por la sala de velación y simplemente entramos, yo tenía la idea de que nos podría suceder algo extraño, pero que nos encontráramos un fantasma era lo que menos daba pánico después de pasar la noche entre las tumbas. Pisando el lecho de las almas podridas y olvidadas.

Bostezo tras bostezo, la Inca me apretaba la mano y me susurraba con amor unos alientos vaporosos, somníferos. Entonces yo le devolvía como un eco besos sutiles y cariñosos. Adentro de la sala sentí un extraño amargor entre el paladar y la lengua, la inca estaba más apretada y me sorprendió que la sala estuviese vacía, solo se levantaba furioso, un ataúd negro en todo el centro de la sala y a los lados el silencio encontraba su lugar en cada rincón, al rato llegó un hombre de uniforme que reconocí como un vigilante, simplemente nos miró extraño, con unas enormes ganas de saludar, pero no dijo nada.

### **La Inca:**

Diré que toda la idea de amanecer allí fue del oso, es un idiota, no tiene plata y sale con eso de irnos a un cementerio, sin embargo siento una fuerza irreparable, que me lleva salvajemente y él está en brazos para retar el pavor y el coraje. Todas las ideas anormales que le brotaban yo las recogía como setas y me colocaba feliz de encontrar toda esa ferocidad en su blanda carne.

Acepté, pero toda la idea era suya, me sumergí en esa alocada mente que me aspiraba toda y me gustaba eso. Toda la noche me la pasé viendo como dormía y al derredor (movimiento de cabeza como paloma), escuchando ruidos, espantándome y abrazándolo. Para que él medio-se-despertara y me

diera un beso y encendiéramos de nuevo la noche, porque no podía dormir. Las tumbas, la oscuridad y el silencio me daban un poco de horror; sentía que no hacíamos algo bueno pero me dejaba llevar. Al otro día caminamos entre las tumbas largo rato y juntos miramos la soledad que cubría tanta tierra. Soledad y respeto, nuestro salvajismo nos hacía revoltosos, aunque no fuera bueno, la pasamos bien, solo el frío se espantó de dos cuerpos que no respetaban los muertos.

Luego de caminar, entramos en una sala de velación, me extrañaba el color mostaza que la bañaba y se veía tan bien ahora que el sol irrumpía en todas partes, buscando la oscuridad, entramos y no se veía nadie más que el ataúd, y no comprendíamos todo ese vacío, solo después llegó un vigilante y quise hablarle, pero no lo hice, en ese momento me entraron unas ganas de ver al muerto y me arrimé al ataúd, me llevé al oso conmigo y pude ver una cabeza cuneiforme y rasurada, con pelitos como grama que persisten en tierra seca. Labios que eran una conglomeración de cirros muy pequeños y junticos con rajaduras que los delimitaban; tenía por parpados dunas con colas que eran pestañas y una cumbamba esplendida, calva, salvaje y dura. Por cejas podemos imaginar unos bellos bruscos que emergían como por inercia de esa carnita, mirando de arriba-abajo, con la boca cerrada, los ojos escondidos y la nariz sin moverse ¡que espantosa tranquilidad! Pensé perdida en los innumerables poros tras el cristal, cuando escuchamos los gritos que salían de afuera y todos salimos, el vigilante, el oso y yo.

### **El oso:**

Ella se ciñó a mi brazo y me llevó hasta el negro ataúd donde vi al anciano, eran unos parpados muy brunos, tiznados por la pena de la soledad, soledad que sabía. La distancia que se recorría desde la oreja hasta cualquiera de los ojos, era la eternidad, cada centímetro de muerte y fastigio, de silencio en la pequeña salita, era una salita inmisericorde, que nos enmarañaba en un cansancio letal y en una extraña gana de quedarse, solo estábamos tres personas pero las distancias eran leguas. ¿Cuánto vacío hay entre un ojo y el otro?, de una mirada que no se daba, nacía la fórmula de la angustia, la angustia de dormir para siempre, de estar perdido en el ombligo de un limbo. Cada cabeza situada algorítmicamente en el espacio de la salita blanca, y cada una tan sola como la del muerto, aunque cualquiera pudo ser él, no lo conocía pero por un momento sentí que él era todos los hombres de la historia. Se me apagó el pensamiento cuando un alarido se emitía de afuera, un fuerte alarido como respuesta a un golpe en la nariz, todos salimos como autómatas y nos encontramos viendo la pelea.

**El vigilante:**

Al rato llegó una pareja de jóvenes muy curiosos, no lloraban, con la cara pálida y ojeras muy grandes, la salita nos retuvo por un rato mientras intercambiábamos miradas, hice un gesto de saludo pero lo abandoné al notar una tentativa de beso. Después de estar en silencio la mujer lo llevo del brazo hasta el féretro y se quedaron un tiempo detallando el rostro del cadáver. Luego sonó un golpe y un grito, adentro nos miramos y salimos rápidamente; afuera encontramos a los dos hombres peleando y ¿cuál era la pregunta?

FIN